

El símbolo cultural de mi raza: Sor Juana Inés de la Cruz

Tarsicio Herrera Zapién

Tiene la región de Amecameca la estructura volcánica más majestuosa de nuestra Patria. Y es esa región del idilio de los volcanes la que mayor cantidad de obras maestras ha inspirado a los artistas de cámaras sofisticadas y de pinceles prodigiosos.

Pero, sobre todo, Amecameca tiene en su jurisdicción la cuna de la más excelsa personalidad femenina del Continente Americano. Nos referimos a la insigne poetisa sor Juana Inés de la Cruz, llamada Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, a cuya muerte —según anotó Fredo Arias de la Canal— “las obsequias que el mundo literario hispánico hizo a sor Juana no fueron menores en importancia que las que el mundo político hacía a los reyes de la primera potencia mundial”⁽¹⁾.

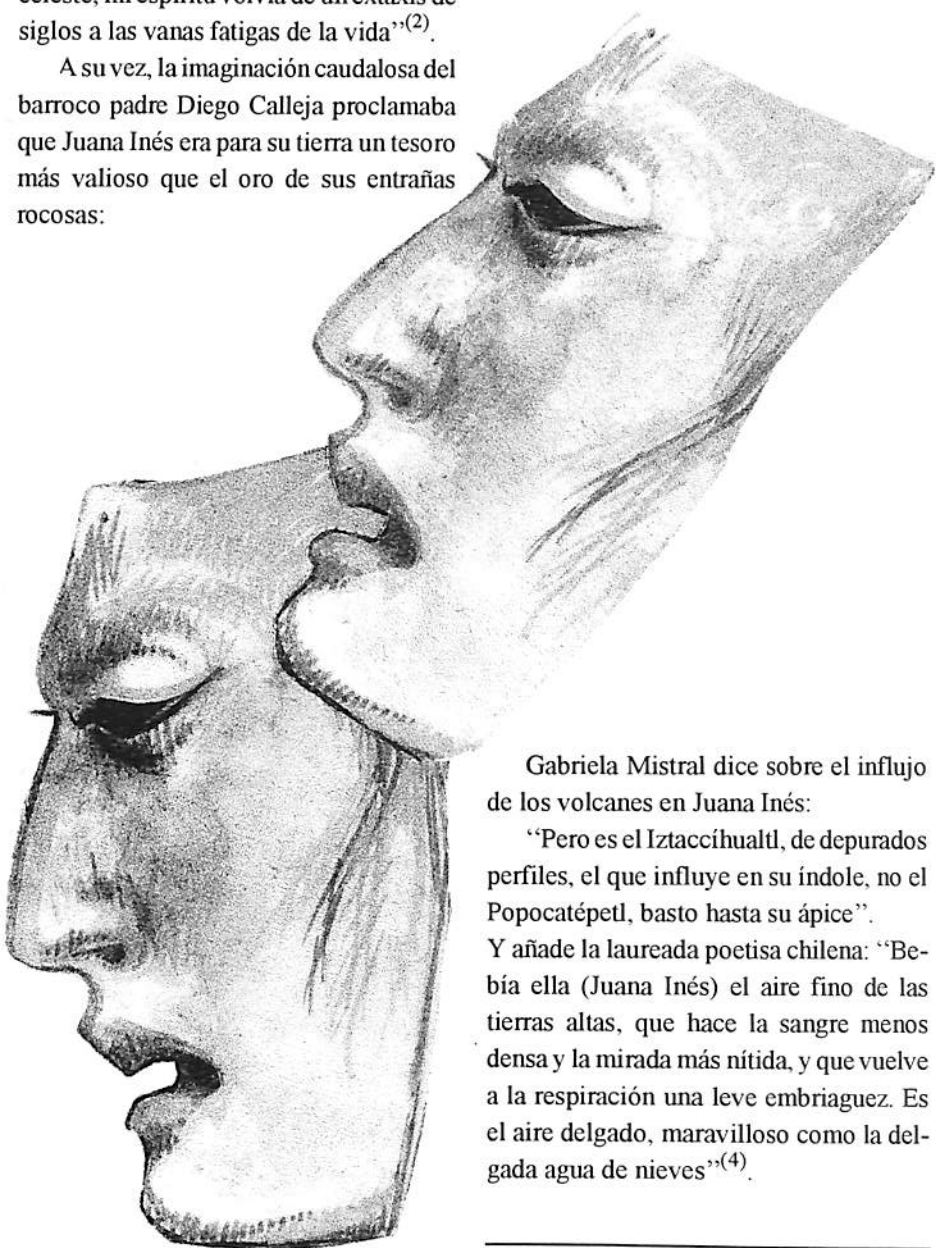
Amado Nervo creó para Juana Inés su bellissimo librito titulado *Juana de Asbaje* y lo editó en Madrid, 1910. Fue el primero de los cerca de setenta volúmenes que se le han dedicado a la criollita sabia en este siglo. Para mi gusto, la *Juana de Asbaje* de Nervo es el más inspirado de los libros que la estudian, y es superior con mucho a la mayoría de sus sucesores, sobre todo a los libros de quienes tratan los asuntos sacros con criterios profanos, cuando no hasta profanadores.

En dicho librito sorjuaniano refiere Nervo sus recuerdos inolvidables de una noche de Miércoles Santo en que viajaba en ferrocarril hacia Cuautla, y una avería de la locomotora lo hizo detenerse tres horas en la tierra de sor Juana.

“La transparencia de la atmósfera, extraordinaria —cuenta Nervo— daba a los astros la ilusión de una proximidad emocionante” en aquellos “campos anegados de luna”, mientras “contemplaba la coraza azulada del Iztaccíhuatl”.

“Al partir de la tierra de sor Juana —dice el poeta— parecióme que, como al monje Alfeo, que oyó cantar al ruiseñor celeste, mi espíritu volvía de un éxtasis de siglos a las vanas fatigas de la vida”⁽²⁾.

A su vez, la imaginación caudalosa del barroco padre Diego Calleja proclamaba que Juana Inés era para su tierra un tesoro más valioso que el oro de sus entrañas rocosas:



Gabriela Mistral dice sobre el influjo de los volcanes en Juana Inés:

“Pero es el Iztaccíhuatl, de depurados perfiles, el que influye en su índole, no el Popocatepetl, basto hasta su ápice”.

Y añade la laureada poetisa chilena: “Be-bía ella (Juana Inés) el aire fino de las tierras altas, que hace la sangre menos densa y la mirada más nítida, y que vuelve a la respiración una leve embriaguez. Es el aire delgado, maravilloso como la delgada agua de nieves”⁽⁴⁾.

*Sabed que donde muere el sol, y el oro
dejar por testamento al clima ordena,
le nació en Juana Inés otro tesoro,*

*que ganaba al del sol en su cuantía
y entre dos montes fue su primer lloro*⁽³⁾.

Tarsicio Herrera Zapién. Doctor en Letras Clásicas por la UNAM. Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma, Italia. Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua. Investigador Nacional Nivel 3. Autor de, entre otros títulos, *Buena fe y humanismo en Sor Juana* (1948), *López Velarde y Sor Juana, Feministas Opuestos* (1948).

Isabel, y la hizo madre de otras tres creaturas: Diego, Antonia, e Inés la última media hermana de la poetisa, que de niña sólo fue llamada Juana.

La sociedad de la época habrá censurado las costumbres promiscuas de la madre de Juana Inés. En cambio la sabia hija pronto habrá comprendido la insolencia del hombre necio que

La cuna oscurecida

Es cosa sabida que Juana Inés nació en Nepantla, si bien hay quien sostiene que nació en la propia Amecameca, a causa de aquel soneto jocoso de pie forzado, “Inés, cuando te riñen por bellaca”, que termina: “Aunque eres zancarrón y yo de Meca”⁽⁵⁾.

Mas esta afirmación de Juana Inés se debe sin duda a que fue bautizada en Amecameca, a cuya parroquia pertenecía el caserío de Nepantla.

La madre de Juanita fue doña Isabel Ramírez de Santillana (o Cantillana, escriben otros). El padre de Juanita lo fue a medias; era el capitán Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca. Fue el primer hombre necio que ella conoció pues, sin haberse casado nunca con doña Isabel, la abandonó tras haberla hecho madre de tres niñas: Josefa María, la mayor, otra María, la segunda; y la futura sor Juana.

Los capitanes españoles eran gente de armas tomar. Otro capitán, don Diego Ruiz Lozano, pasó luego a dominar a doña

*él mismo mancha el espejo
y siente que no esté claro.*

Si doña Isabel fue culpable de amores ilícitos, lo fue a su vez el capitán Pedro de Asbaje, no menos que el capitán Diego Ruiz Lozano:

*¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?*

Estando la criollita sabia bien empapada en el escándalo social de su propia progenitora, opta por defenderla con la mejor arma que tiene en sus manos: la pluma.

Y Juana Inés logra tanto éxito, que la *Sátira filosófica* en que ella censura a los citados capitanes, y al interminable ejército que les sigue los pasos libertinos, es su poesía más conocida en todo el mundo:

*Hombres necios, que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:*

*si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?...⁽⁶⁾*

En mi cruzada por la difusión del latín como lengua universal de la cultura, yo he puesto a mi vez esta *Sátira filosófica* en estrofas latinas. La primera dice:

*Viri stulti, qui accusatis
fēminan in ratiōnem,
vos ignavi occasiōnem
esse ejusdem quod culpatis...*

El padre Alfonso Méndez Plancarte muestra estar libre de toda mojigatería, y encuentra gloriosa la culpa de doña Isabel Ramírez: “Aquella culpa *-felix culpa-* que a Sor Juana dio el ser, y, en ella, tanta gloria a nuestra gente y al mismo Dios”⁽⁷⁾.

El camino del saber

Juana Inés refiere largamente en su *Respuesta a Sor Filotea* todas las peripecias que atravesó en su sed de conocimientos.

Antes de sus tres años, Juanita fue enviada a la escuela (la que llamaban *Amiga*), para acompañar a su hermana mayor (¿María?) a aprender a leer.



Esta escuela estaba sin duda en Amecameca.

Juana Inés refiere: “Le dije a la maestra que mi madre ordenaba que me diese lección”. La maestra la empezó a enseñar por broma, pero añade nuestra Fénix: “Supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre”⁽⁹⁾.

Todos conocemos la anécdota sucesiva, de que Juana Inés había oído decir que el comer queso “hacía ruidos”, y por eso ella se abstuvo por largo tiempo de comerlo.

Ya a sus seis o siete años —continúa refiriendo la Monja Sabia— sabía ella leer y escribir y coser, pero oyó decir que “había Universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en México”. Añade ella: “Mataba a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a México en casa de unos deudos (o sea, parientes) que tenía, para estudiar y cursar la Universidad”.

La mamá no accedió a las peticiones de Juana Inés, y ella refiere entonces: “Despiqué el deseo (o sea, calmé la avidez de saber), en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo... de manera que, cuando vine a México, se admiraban no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar”⁽¹⁰⁾.



Juana Inés amaba tanto la poesía, que ya a los ocho años compuso una loa para el Santísimo Sacramento, porque la Párrquia de Amecameca ofrecía un libro en premio a quien la escribiera.

Apenas llegada a México, comenzó a aprender “Gramática”. Se refiere a la gramática latina, en la cual fue su maestro el bachiller Martín de Olivas. “No llegaron a veinte las lecciones que tomé”, escribe ella, para pasmo de quienes hemos necesitado cinco años de clases diarias para llegar a la latinidad superior.

La subsiguiente anécdota conocida se refiere a que ella se exigía aprender pronto, a costa de la vanidad natural de la mujer, en especial si es joven. Se cortaba cuatro o seis dedos del cabello, y se amenazaba a sí misma que si, al volver a crecer hasta el mismo punto su cabello, no sabía aún tal o cual cosa que se había propuesto aprender, se lo volvería a cortar en castigo, “porque no me parecía razón que estuviese vestida de cabello, cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”⁽¹¹⁾.

La fama del ingenio de Juana Inés llegó muy pronto a la Corte del Virrey Marqués de Mancera. Allí la virreina doña Leonor Carreto se encariñó con la criollita sabia por su sorprendente sabiduría y discreción.

Toda esta etapa juvenil de Inés está bellamente tratada en la vida de nuestra Fénix que trazó el jesuita Diego Calleja quien, tras recibir el encargo de dictaminar para aprobación el libro *Fama y obras póstumas del Fénix de México, Décima Musa, Poetisa americana, Sor Juana Inés de la Cruz*, que presentaba en Madrid el doctor mexicano Juan Ignacio Castorena y Ursúa, se tomó el trabajo de redactar en veinte páginas la más concisa y completa vida de Sor Juana del siglo XVIII, pues se publicó en Madrid, 1700.

El galeón y las chalupas

El prudente jesuita Diego Calleja subraya en su citada *Aprobación*, que “la señora Virreina no parece que podía vivir un instante sin Juana Inés; y ella no perdía en esto el tiempo a su estudio, porque antes era proseguirle hablar con la señora Virreina”⁽¹²⁾. Entendemos este pasaje en el sentido de que Juana Inés aprovechaba sus diálogos con la Virreina para hacer comentarios profundos acerca de los temas que estaba estudiando. Así, comenzó a crearse la fama de que esa dama de pálido rostro y ojos negros y profundos era un pozo de sabiduría.

Dos veces contó el Virrey Marqués de Mancera al padre Calleja el episodio celeberrimo del examen público a que fue

sujetada la criollita sabia en la Corte Virreinal, a sus diecisiete años. Haría en eso unos dos años de que ella había sido admitida como dama de Honor de la Virreina.

Refiere al respecto Calleja: "Estando con no vulgar admiración de ver en Juana Inés variedad de noticias... quiso desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable, o infusa, o adquirida, o artificio, o no natural, y juntó un día en su Palacio cuantos hombres profesaban letras en la Universidad y ciudad de México... (Eran) unos cuarenta... teólogos, escritores, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas... Y a la manera como un galeón real... se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, y cada uno en su clase, le propusieron".⁽¹³⁾

El virrey Mancera narraba una y otra vez este episodio, como que en su propia corte virreinal había contado él con los servicios del talento más prodigioso del Nuevo Mundo. Era para sentirse orgulloso.

Mas Juana Inés no era feliz. Era codiciada por hermosa y, en contraste, era envidiada por sabia. Añade perspicaz el padre Calleja: "Que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca, donde no hay necio que no quiera echar un borrón".⁽¹⁴⁾

La criollita sabia cavila por meses y por años, y acaba decidiéndose a entrar en un convento. A los diecinueve años entra con las Carmelitas Descalzas. Mas sólo dura allí poco más de tres meses de 1667. La austeridad extremada de las reglas carmelitanas la enferman gravemente.

Sin desanimarse nuestra Fénix por tal tropiezo, busca una Orden religiosa más benigna, y un año después opta por la Orden de San Jerónimo. En el convento de las Jerónimas de México pasaría los veintisiete años que le quedaban de vida, dedicada a sus libros, a sus rezos, y a la administración del convento, del cual fue contadora muchos años.

Los versos de amores

Pero, un momento. Ya se va Juana Inés al convento, ¿y sus versos de amores de cuándo son?

Bueno. Alberto G. Salceda supone que Juana Inés tuvo en la Corte un primer amor, referido por ella con el seudónimo de Silvio, el cual resultó ser indigno de ella, y la hizo alejarse. Llega después Fabio —otro seudónimo barroco— el cual fue su verdadero amor juvenil; pero muere y la deja "viuda de su prometido". Así pueden explicarse los poemas de amor de los cinco años que habrá pasado Juana Inés en la Corte Virreinal.

De la disyuntiva que presenta Octavio Paz sobre si la Décima Musa concibió sus versos de amor en el convento, o si era una "monja cumplida" como él mismo la denomina en dos ocasiones⁽¹⁵⁾, no tengo el menor titubeo. Ya dejó escrito el padre Calleja, su primer biógrafo, que "en la observancia común guardaba la madre Juana Inés su puesto como la mejor"⁽¹⁶⁾.

Entonces está claro que ella nunca llegó a admitir ningún escandaloso amor secreto. Si se hizo tanto ruido porque la monja sabia se atrevió a debatir minucias teológicas al padre Antonio Vieyra sobre cierto *Sermón del Mandato* en un Jueves Santo, ¿nos imaginamos la alarma que habría causado la simple posibilidad de que sor Juana tuviera amoríos en el claustro?

Juana Inés escribió, desde luego, bellísimas poesías de amor. Salvador Novo incluye en sus *Mil y un sonetos mexicanos*⁽¹⁷⁾, nada menos que 23 sonetos de amor de la Fénix mexicana, pero todos corresponden a la época de su estancia en la Corte Virreinal, salvo los pocos que hayan sido poesías de encargo durante los años monacales, o misivas conceptuosas a la virreina Luisa Manrique de Lara, esposa del virrey, Marqués de la Laguna.



¿Estudio u obediencia?

Con respecto a la vida de Juana Inés en el convento de San Jerónimo, en el actual Centro Histórico de México, dice el padre Calleja, después de señalar su observancia como “la mejor”, que “Su más íntimo y familiar comercio eran los libros... La caridad era su virtud reina”⁽¹⁸⁾.

Cuando volvió a España el virrey Mancera, lo sucedió el propio arzobispo Fray Payo Enríquez de Rivera, antes de que gobernara el citado Marqués de la Laguna.

Fray Payo fue el héroe de otra celeberrima anécdota de sor Juana. Tenía nuestra Décima Musa una superiora de poco saber, que siempre censuraba a la Monja Sabia.

Una vez, ésta se impacientó de algún imprudente comentario de su superiora, y le contestó: —Calle, Madre, que es tonta—. Sor Juana se mordió los labios mas, pese a su habitual sumisión, ya lo había dicho.

La superiora se ofendió y redactó una queja formal del caso al Arzobispo Fray Payo. Éste, sin inmutarse, anotó como decreto al pie de la queja de la inocente priora:

“Pruebe la Madre Superiora lo contrario, y se le hará justicia”⁽¹⁹⁾.

Hago aquí otra comparación. Se menciona mucho hoy en día la llamada “Carta de Monterrey” o “Autodefensa espiritual de Sor Juana”, en la cual ella se enfrenta a su confesor Antonio Núñez de Miranda, porque éste le aconseja dejar las letras profanas de comedias y romances, y dedicarse a las letras sagradas de la Biblia y los teólogos, para que pudiera salvarse del Purgatorio.

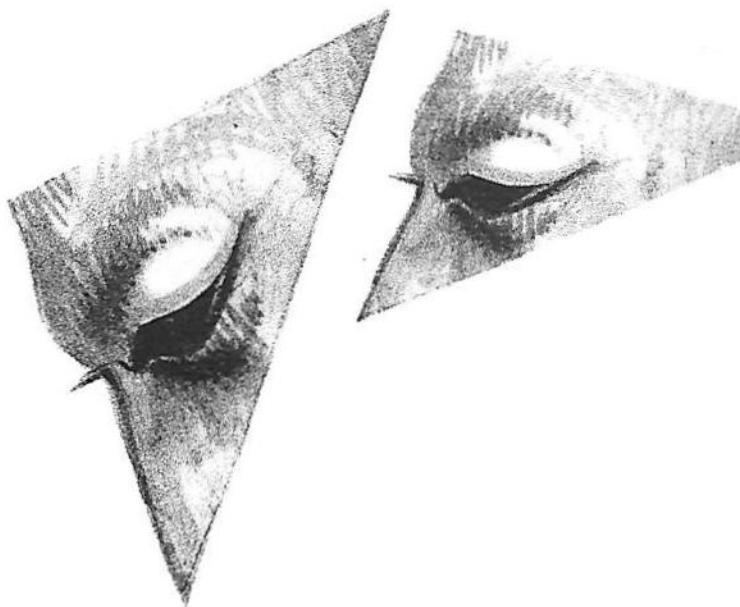
Yo reflexiono: Si la Priora de San Jerónimo se ofendió de que sor Juana la llamara tonta, ¿cómo habría reaccionado el encumbrado Núñez de Miranda si fuera de sor Juana la sofisticada réplica de que si el mismo Núñez de Miranda, tan lleno de letras, no pensaba salvarse? Para mí que la brillante “Carta de Monterrey” es una hábil imitación. No es de sor Juana.

Esta Priora habría deseado prohibir a Juana Inés el estudio, como cosa condenable, pero no lo logró. Sucedió luego que “por un grave accidente de estómago (le) prohibieron los médicos el estudio”⁽²⁰⁾. Pero el padre Calleja refiere luego un hecho paradójico. Los simples mortales nos enfermamos a veces por exceso de estudio o de cualquier trabajo.

Mas, anota Calleja, “enfermó entonces esta prodigiosa mujer de no trabajar en el estudio. Así lo testifican los médicos, y le hubieron los superiores de dar licencia, para que de fatigarse viviese. Volvió a sus libros con sed de [haber sido antes] prohibida, poniéndose preceptos rigurosos de no entrar en celda ninguna [o sea, en los aposentos de otras religiosas], porque de todas era tan bien querida, que no podía entrar a salir presto... Sólo para responder a las cartas que, en verso y en prosa, de las dos Españas recibía... tuviera el amanuense más despejado, bien en qué trabajar”⁽²¹⁾.

La monja filósofa

Admirable por sobre todos es su vasto poema *El sueño* (no primero, por que nunca pensó escribir un segundo). Es la síntesis filosófica de la sed que consumía a la Monja Sabia por conocer el universo en sus más elevados aspectos.



Allí coordinó nuestra Décima Musa la mitología, la física y la fisiología, con la historia natural y la social.

Quienes han llegado a dudar de la profundidad del talento de Juana Inés, se quedan pasmados ante las espléndidas estancias de este poema insuperado en toda la literatura castellana, el cual comienza así su primera tirada de 24 versos:

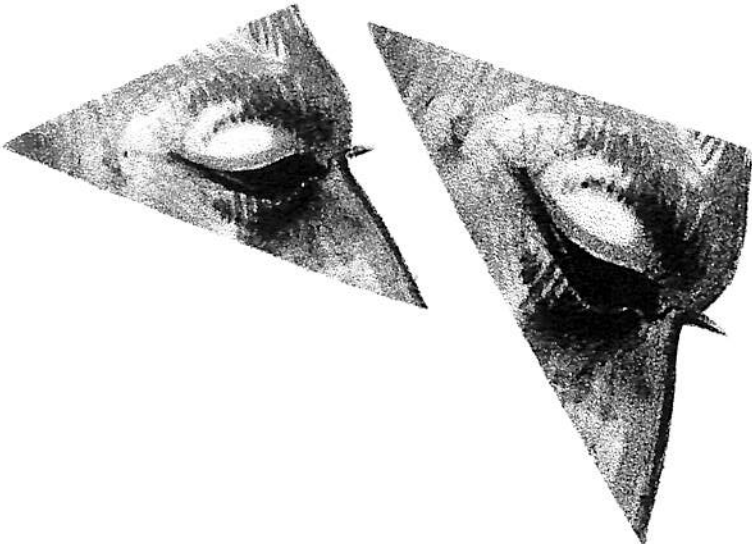
*Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al Cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las Estrellas;
si bien sus luces bellas...* ⁽²²⁾

De esta creación monumental dijo Juana Inés misma: “No me acuerdo haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman *El sueño*” ⁽²³⁾.

Y quienes protesten por las oscuridades gongorinas —que son muchas— de este *Sueño* de la Monja Sabia, no tienen sino que retroceder en el mismo volumen I, por entre la delicia de sus sonetos y de sus coplas, para desarrugar el ceño y sonreír satisfechos ante esa maravilla de frescura, buen humor y gracia lírica. Aquí va su epigrama del borracho linajudo:

*Porque tu sangre se sepa,
cuentas a todos, Alfeo,
que eres de Reyes. Yo creo
que eres de muy buena cepa:*

*y que, pues a cuantos topas
con esos Reyes enfadas,
que, más que Reyes de Espadas,
debieron de ser de Copas.*



La hora de la verdad

El sabio biógrafo Diego Calleja resume los dos últimos años de la vida de sor Juana en cuatro páginas de oro.

Ella desplegó un esfuerzo magnífico por ser la mejor religiosa. Decidió entonces “empezar las obras de supererogación con tal cuidado, como si fueran de precepto”⁽²⁴⁾. Hizo entonces una detallada confesión general de toda su vida pasada.

Ya ingresada la madre Juana en el camino de la perfección, decidió deshacerse de sus amados libros “como el que, en amaneciendo el día claro, apaga la luz artificial por inútil”. Mandó la mayoría de dichos libros al arzobispo Fray Payo, “el venerable padre” Fray Payo, “para que, vendidos, hiciera limosna a los pobres”.

Aumentó la madre Juana la cordialidad hacia sus hermanas de claustro a medida que aumentaba sus ayunos y penitencias. El padre Antonio Núñez de Miranda, que erróneamente ha sido convertido en villano en la inauténtica “Carta de Monterrey”, es un ángel de prudencia en la *Vida de Sor Juana* por el padre Calleja, que tanto hemos venido citando. Aquí encontramos al padre Núñez “yéndole a la mano en sus penitencias, por que no pierda la salud y se inhabilite, porque Juana Inés no corre en la virtud, sino vuela”; así dice el último pliego de la citada *Vida*.

Cuando surgió una “epidemia pestilencial”, cinco años antes de terminar el siglo XVII fue cuando sor Juana “como la esposa de los Cantares en la cercanía de otras flores, enfermó de caritativa”. “Con vivas señales de deseo” por contemplar a su Creador, murió ella en la Domínica del Buen Pastor, 17 de abril de 1695.

Ora et labora decían los sabios medievales. Perfeccionate primero en tu interior, y luego vuélvete para servir a los demás. Es la gran lección de sor Juana: enriquece tu espíritu en el estudio, y luego vuelca tus riquezas para bien de la sociedad en tu vida profesional.

Así lo han hecho las mayores lumbreras de nuestro país y del Estado de México: Angel María Garibay, el descubridor de la poesía náhuatl; José María Velasco, el plasmador del esplendor de los volcanes de la Altiplanicie Mexicana; Joaquín Arcadio Pagaza, el mayor intérprete de los clásicos en nuestro idioma y, por sobre todos, sor Juana Inés de la Cruz la poetisa más escuchada de América.Δ

Notas

- 1 Sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas*, edición facsimilar de Fredo Arias de la Canal, México, 1989. Prólogo, p.IX.
- 2 Amado Nervo, *Juana de Asbaje*. Obras completas. Serie Grandes Clásicos. Editorial Aguilar, 1972. Tomo II, p. 435 y 5.
- 3 Sor Juana I. C., *Fama...* citada, p. 73.
- 4 Gabriela Mistral, “*Siluetas de Sor Juana Inés de la Cruz*”, en *Lecturas para mujeres*, México, 1923.2a. edición: Colección Letras. Toluca, 1979, p. 120.
- 5 Soneto satírico burlesco No. 159. *Obras completas*, F.C.E. Tomo I, p. 284. (La edición de Porrúa, “*Sepan cuantos...*” conserva la numeración original.
- 6 Sor Juana I.C., “*Sátira filosófica*”, No. 92, en *Obras completas citadas*, F.C.E., 1951, Tomo I, p. 228.
- 7 *Ibidem*, Introducción, p. XXVII.
- 8 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz, o Las trampas de la fe*, F.C.E. 1982. Capítulo “*La familia Ramírez*”, p. 97.
- 9 Sor Juana Inés de la C., “*Respuesta a Sor Filotea*”, en *Obras completas citadas*, Tomo IV, pp. 440-475. Las líneas 216-310 son totalmente autobiográficas.
- 10 *Ibidem*, líneas 234-253, p. 445 y s.
- 11 *Ibidem*, líneas 254-268, p. 446.
- 12 Diego Calleja, “*Aprobación*”, en *Fama y obras póstumas de... Sor Juana Inés de la Cruz*. Madrid, 1700. Folio 6.
- 13 P. Diego Calleja, “*Aprobación*” citada, folio 9.
- 14 *Ibidem*, folio 10.
- 15 O. Paz, *Las trampas...* citada, en páginas 538 y 555.
- 16 P. Diego Calleja, “*Aprobación*” citada en *Fama y obras póstumas*, folio 6.
- 17 S. Novo (antologador) *Mil y un sonetos mexicanos*, Porrúa, México, 1963. páginas 19-23.
- 18 P. Diego Calleja, “*Aprobación*” citada, en *Fama y Obras póstumas*, folio 11.
- 19 En A. Nervo, *Juana de Asbaje* citada (p. 447) Y en *El secreto de Sor Juana*, de Patricia Cox, 2a. edición, 1979, p.113. de ellos copian varios otros esta anécdota.
- 20 “*Respuestas a Sor Filotea*” citada, p. 144, línea 817.
- 21 “*Aprobación*” citada, folio 11.
- 22 “*El sueño*”, *Obras completas citadas*, No. 216. Tomo I, p. 335-359.
- 23 “*Respuestas a Sor Filotea*” citada, línea 1266.
- 24 “*Aprobación*” citada, folio 14.